

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 1'00 pta.
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
» Extranjero » 1'50 »

Las infamias en el Japón

Seguramente que Dumas se vería muy apurado si de nuevo tuviera que decir donde empieza el África.

Mientras que no se habla de otra cosa que de civilización, los gobiernos de las naciones que se llaman civilizadas retroceden á plena barbarie.

Creíamos que después de la formidable protesta que levantó el fusilamiento de Ferrer, no serían posibles ciertos atentados á la libertad de pensar; pero el gobierno del Japón ha rebasado la medida de cuanto pudiera imaginarse en materia de crueldad.

Con una cobardía propia de tiranos que sólo pueden subsistir en la actualidad gracias al embrutecimiento de los pueblos, se ha fraguado un repugnante complot, que no ha tenido otro objeto que el de poderlo utilizar para dar carácter de legalidad á un proceso cuya terminación estaba prevista de antemano.

Omitimos dar detalles en este lugar porque ya lo hace un compañero más adelante; pero si hemos de decir á todos los tiranos, tanto á los del Japón como á los demócratas españoles que ordenaron á la policía de Barcelona arrancara con los sables los carteles que TIERRA Y LIBERTAD había fijado por las calles, que es inútil cuanto hagan por detener los avances del progreso y de la idea anarquista.

Si Chicago y Montjuich fueron los vehículos que extendieron por Europa y América las ideas redentoras del proletariado, el Japón, con la enormidad cometida con la muerte de Kotoku y demás compañeros, será también el vehículo que extenderá el sublime ideal anarquista por el vasto territorio del Asia Oriental.

Nada significan para los gobiernos las lecciones de la historia; se titulan defensores de la actual sociedad y con sus infamias están provocando la revolución social que ha de acabar con ellos y con lo que dicen defender. No se dan cuenta de que á sus continuos atropellos responden los pueblos con constantes rebeldías y que la sangre que ellos derraman para apagar la vida de los grandes ideales, sirve de estímulo para que los oprimidos se den cuenta de la sinrazón de la opresión y aun sus voluntades y sus esfuerzos para hundir para siempre á los que sólo por su audacia se erigen en árbitros de la humanidad.

Y por lo que respecta á nosotros, los anarquistas, hemos de manifestar que ni los atropellos ni los crímenes que contra nuestros compañeros se cometen, no nos amilanán ni nos acobardan; somos, como dijo Estévez en cierta ocasión, la polilla de la sociedad, y siempre estamos minando este carcomido régimen social, hasta dejarlo en condiciones de que á un pequeño empuje se derrumbe arrastrando todo aquello á que sirve de base.

Nosotros no cedemos ante nada ni ante nadie. Podrán las balas de los mauters, la guillotina y la horca apagar la voz de los más activos en determinado momento; pero pronto los que parecían pasivos ocuparán sus puestos y la obra continuará sin interrupción; que es nuestro lema laborar, laborar y laborar.

Las continuas persecuciones en España, bien demostraron esto: los conocidos como activos tuvieron que emigrar á otros países y allí esparcieron la semilla del ideal, recogiendo á los pocos años abundante cosecha, sin que en España disminuyera. Y tanto es así, que los hijos de los fusilados en Montjuich hoy forman en las filas de los más entusiastas revolucionarios.

De la misma manera los sucesores de los hoy sacrificados continuarán la obra por sus padres defendida.

Se dice que entre los gobiernos existe perfecta solidaridad para acabar con las ideas anarquistas; pero no existe entre ellos el espíritu de conservación, pues si existiera hubieran advertido al Japón de que matando á Kotoku, su esposa y demás compañeros, no conseguiría otra cosa que dar más potencia á lo que quería destruir.

Mientras la Anarquía se extiende por sí sola conquistando nuevos adeptos, la tiranía tiene que rodearse de verdugos que sólo por el vil interés la defienden, y aun así su vida está llena de intranquilidad y sobresalto, y por todas partes ve el espectro de la muerte, tal vez asombrada de que todavía no se haya levantado la mano vengadora que dé fin á su existencia.

En el Japón han matado las personas; pero han dado calor y entusiasmo á las ideas que acabarán, al fin, con el privilegio y la tiranía: que la sangre de Kotoku, como la de Ferrer, cae siempre en campo fértil para que fructifique el espíritu de rebeldía y amor á la libertad.

La Anarquía

Los principios

Los anarquistas, guiados por diversas consideraciones de orden histórico, político y económico, como por las enseñanzas de la vida moderna, llegan, como se sabe, á una concepción de la sociedad bien diferente de la que se hacen todos los partidos políticos que acechan llegar al poder.

Nosotros nos imaginamos una sociedad en la cual las relaciones entre sus miembros sean arregladas no por las leyes — herencia de un pasado de opresión y de barbarie — no por las autoridades cualesquiera que sean, elegidas ó que tengan el poder por ley de herencia, sino por contratos mutuales, libremente consentidos y siempre revocables, como por las costumbres y usos libremente admitidos.

Estas costumbres no deben estar petrificadas y cristalizadas por la ley ó por la superstición; deben estar en desarrollo continuo, ajustándose á las nuevas necesidades, á los progresos del saber y de las invenciones y al desenvolvimiento de un ideal social, de más en más racional y de más en más elevado.

Así, punto de autoridad, que impone su voluntad. Punto de gobierno del hombre por el hombre. Punto de inmovilidad en la vida: una evolución continuada, tanto más rápida, tanto más simple como en la vida de la naturaleza. Libertad de acción dejada al individuo para el desarrollo de todas sus capacidades naturales, de su individualidad, de lo que puede tener de original, de personal. De otra forma dicho, punto de acción impuesto al individuo bajo la amenaza de un castigo social, cualquiera que él sea, ó de una pena sobrenatural mística; la sociedad no pide nada al individuo que él no haya libremente consentido en el mismo momento de cumplirlo. Con esto, igualdad completa de derechos para todos. Ninguna violencia de suerte alguna y á pesar de esto no tememos de ninguna manera que en una sociedad de iguales los actos antisociales de algunos individuos puedan adquirir proporciones amenazantes.

Una sociedad de hombres libres sabrá mejor guardarse que nuestras sociedades actuales que confían la guarda de su moralidad social á la policía, á los denunciadores, á las prisiones — universidades de criminalidad, — á los guardas de prisión, á los verdugos y á sus proveedores. Sobre todo, ella lo sabrá prevenir.

Es evidente que hasta el presente nunca ha existido sociedad que haya practicado esos principios. Pero siempre la humanidad ha manifestado la tendencia hacia una realización parcial de esos principios. Cada vez que ciertas partes de la sociedad consiguen por un cierto tiempo derrumbar las autoridades que les oprimen ó deshacer las ilegalidades que se habían implantado (esclavitud, servidumbre, autocracia, gobierno de ciertas castas ó clases), cada vez que una nueva luz de libertad y de igualdad surge en la sociedad, el pueblo, los oprimidos, buscan poner en práctica, aunque sólo sea en parte, los principios que vienen de estar encañados.

Podemos decir, por consecuencia, que la Anarquía es un cierto ideal de sociedad que difiere esencialmente de lo que fué preconizado hasta el presente por la mayoría de los filósofos, los hombres de ciencia y los hombres políticos, que todos tenían la pretensión de gobernar los hombres y de darles leyes. Esto fué frecuente, el ideal de las masas, nunca el de los privilegiados.

Sin embargo será falso decir que esta concepción de la sociedad sea una utopía, puesto que en el lenguaje corriente se achaca á esta frase la expresión de alguna cosa que no puede estar realizada.

En el fondo, la frase «utopía» no debe ser aplicada más que en las concepciones de la sociedad, basadas solamente sobre lo que el escritor encuentra deseable, á un punto de vista teórico; nunca á las concepciones basa-

das sobre la observación de lo que se desarrolló ya en la sociedad.

También debe incluirse en el número de utopías la República de Platón, la Iglesia universal soñada por los papas, el Imperio Napoleónico, los sueños de Bismarck y el misionismo de los poetas que esperan la llegada un día de un salvador que traerá al mundo grandes ideas de renovación. Pero será falso aplicar la frase «utopía» á las previsions que se apoyan, como lo hace la Anarquía, en el estudio de las tendencias que se han manifestado en la evolución de la sociedad y sobre intuiciones basadas sobre este estudio. Aquí salimos de la previsión utopista para volver al dominio de la ciencia.

En nuestro caso es tanto más falso hablar de utopía cuando las tendencias señaladas por nosotros han jugado una acción extremadamente importante en la historia de la civilización, puesto que son ellas las que dieron origen al Derecho Consuetudinario, Derecho que ha dominado en Europa del quinto al sexto siglo. Esas tendencias se reafirman al presente de nuevo en las sociedades civilizadas, después que ellas han hecho durante más de tres siglos la experiencia del Estado. Es sobre esta observación que su importancia no escapará al historiador de la civilización, que nos basamos para ver en la Anarquía un ideal posible, realizable.

Se nos dice sin duda que está lejos el ideal de su realización. Pero á esto no tenemos más que responder recordando que al fin del siglo XVIII, en el mismo momento que se constituían los Estados Unidos, se consideraba como un ideal absurdo querer constituir una sociedad de una cierta extensión en una monarquía. Y ahora las repúblicas de la América del Norte y del Sud, como la Suiza y la Francia, hubieron bien pronto probado que los «utopistas» no estaban del lado de los republicanos, pero sí del de los monárquicos.

Los «utopistas» fueron los que guiados solamente por sus deseos, no querían tener cuenta de las tendencias nuevas que se hacen luz, aquellos que atribuían demasiado de estabilidad á las cosas del pasado, sin preguntarse si ellas no son más que el resultado de ciertas condiciones históricas temporarias.

Quando nosotros estudiamos el origen de la idea anarquista encontramos que tiene un doble origen: de una parte la crítica de las organizaciones jerárquicas y de las concepciones autoritarias en general, y de otra parte el análisis de las tendencias que se hacen luz en los movimientos progresivos de la humanidad en el pasado y sobre todo en los tiempos modernos.

Desde los tiempos más remotos de la edad de piedra los hombres han debido apercibirse de los inconvenientes que surgen desde que dejan algunos de entre ellos adquirir una autoridad personal, aunque sean los más inteligentes, los más bravos ó los más juiciosos. Así se les ve continuamente trabajar al desarrollo de las instituciones que luchan contra el establecimiento de una semejante autoridad.

Sus tribus, sus claus, más tarde la commune, el lugar, el municipio de la Edad Media (municipios de buen vecindaje de oficios y de artes, de vendedores, de cazadores, etc.), y finalmente la ciudad libre del siglo XIII al XVII son instituciones surgidas del pueblo — no de los superiores — para resistir contra la autoridad que ellos veían adquirir, sea por los conquistadores extranjeros, sea por los individuos de su propia clau, tribu ó ciudad.

La misma tendencia del pueblo se hace notar en los movimientos religiosos de las masas populares en toda la Europa, cuando el sublevamiento Hussita en Bohemia y del movimiento Anabaptista, que fueron los precursores de la Reforma.

Más tarde todavía, en 1793-1794, la misma corriente de pensamiento y de acción se hace luz en la actividad remarcable independiente y constructiva de las «secciones» de París y de las grandes villas como de un gran número de pequeñas communes. (Véase «La Gran Revolución»). Y más tarde todavía volvemos á encontrar el mismo espíritu en las uniones obreras que se formaron en Inglaterra y Francia — á despecho de las leyes draconianas que prohibían esas uniones, — desde que la industria moderna empieza á desenvolverse. Aquí todavía nos encontramos á la labor el mismo espíritu popular, buscando á defenderse esta vez también contra los capitalistas.

PEDRO KROPOTKINE

(Continuará).

Crimen consumado

Una fecha más cuenta el martirologio anarquista. Si los Estados Unidos tienen un 11 de noviembre que les deshonra; si España cuenta con un 4 de mayo, un 13 de octubre y tantas otras que le avergüenzan, el Japón cuenta con un 24 de enero que le coloca á la altura del canivalismo ruso.

Kotoku, su compañera y diez camaradas más han sido colgados en una cárcel de Tokio. Y su muerte, su asesinato, como su proceso, han sido desarrollados en el misterio. ¡Ah! sabían bien de qué trataban; sabían el crimen que pretendían, y como buenos inquisidores han obrado en el secreto.

Es inútil repetir la historia. Se trata de hombres de corazón y de ideas que á las clases dominantes japonesas causaban miedo por la semilla que lanzaban en el surco del progreso del solar obrero.

Había que desembarazarse de ellos á toda costa. ¿Cómo permitir á esos hombres que pretendían hacer creer á los obreros que ellos eran los únicos que tenían derecho á todos los goces, puesto que producían con qué satisfacerlos?

¿Cómo permitir que les hicieran comprender, que todo el mundo es una patria, sin más fronteras que las que separan á los explotadores de los explotados, á los tiranos de los tiranizados? ¿Cómo tendrían así buenos soldados que se cegasen á mordiscos con los vencidos que cometieron el delito de ser ignorantes y se dejaron arrastrar al crimen?

¡Ah, no! Era imposible consentirlo, y como Kotoku era el más inteligente, á él había que inutilizar; ¿cómo? Un complot es fácil preparar, y sobre todo cuando desde la primera declaración hasta la ejecución se llevan en secreto.

Kotoku, su compañera y 24 más fueron juzgados por un imaginario complot y condenados á muerte por un tribunal ilegal, dadas las propias leyes japonesas. El Tribunal Supremo absolvió á dos, acaso los confidentes, y Mutsuhito, el 13, envía á doce á morir en presidio y manda se cuelguen los otros doce. La operación ha sido hecha sin oír las protestas de centenares de médicos y de miles y miles de proletarios. Al oír la sentencia gritaron *Banzai* (¡hurra!) y Kotoku agregó: ¡viva la Anarquía!

Al ir á morir, las mismas palabras han sido repetidas.

Las ejecuciones han durado desde las ocho de la mañana á las tres de la tarde. La fiesta judicial ha sido buena. Que la reciproca no se haga esperar.

No lloremos; no es propio de revolucionarios, y confiemos que el crimen de Mutsuhito no quedará impune. Por de pronto han inventado un complot para hacer saber que se le quería asesinar. Quien sabe si algún día el telégrafo nos contará el asesinato sin complot, que nos hará gritar: ¡justicia! ¡justicia!

Por algo la bandera revolucionaria es roja: ¡la ha empapado tanta sangre! Pero no importa, adelante, que el mundo es de los que luchan.

Kotoku ha gritado ¡viva la anarquía! Nosotros, que no somos idólatras, que no levantamos altares, pero que lanzaremos un día y otro á los verdugos sus víctimas, gritamos: ¡viva Kotoku! ¡vivan las víctimas de Mutsuhito!

V. GARCIA

A «El Liberal»

El Liberal de Barcelona ha empezado una información sobre la crisis obrera, con el propósito de descubrir su origen, causas y remedio.

La inaugura el gobernador de Barcelona, quien al mencionar el origen y las causas expone las de carácter obrero, y no menciona la hostilidad patronal contra el derecho de asociación de los trabajadores, ni los conatos de lock-out, ni el funesto pacto del hambre. Y en cuanto al remedio, dedica unas cuantas líneas llenas de buenos deseos pero de escasa eficacia.

El tono general de su respuesta al periodista es el que corresponde á un gobernante liberal que desearía pasar el tiempo de su empeño en paz con sus gobernados, y, al verlos enzarzados en las luchas promovidas por sus antagonismos, les aconseja la paz.

Algo bueno hay en sus palabras desusado entre gobernadores; por ejemplo, estas declaraciones: «... las inevitables luchas de patronos y obreros»; «... las constantes huelgas significan uno de los mayores influjos que han actuado en esta crisis; son una arma de reivindicación, de justicia, de mejora para las